

terior de un teatro de marionetas. La baratiya que logra el crisma de algún columnista de periódico amarillo; la quincalla retoricista que yace informe, o que suena y resuena con el alboroto de los cueros de vino en la inverosímil lucha del inverosímil Caballero; el zumbido intolerable de esas poleas locas del idioma, con la hueca sonoridad de un epitetaje leve y altanero; la adjetivación, sobre cuyas paredes de viento nada puede construirse, deberían dar paso a la firmeza del pensamiento, a la elevación de la imagen, al esplendor del concepto, a la irreductible corporeidad y tangibilidad de la obra artística, del producto, cuya modelación perfecta ha de conseguirse por industria de pericia, de buena fe, de inspiración cierta e implacable.

Raúl Andrade, modelador de prosa exquisita es —hay que saberlo de hoy más—, no tan sólo un constructor de prosa formalista, un alarife de estructuras idiomáticas que embriagan y apasionan. Su mensaje de escritor va más allá. Primero se entrega a la tarea del hombre que busca al hombre y batalla por su dignificación. Es un experto baquiano de los destinos de la Especie. Y pugna por ayudarlo a encontrarse por los territorios de la conducta. Sus ensayos no son sino precipitados éticos, químicamente puros, objetivaciones del hecho humano sedimentado, diferenciado, exacto a sí mismo, que él, el escritor, con calidad de mago, alcanza a configurar y extraer, para entregarlo en son de paradigma. Los ensayos de Raúl Andrade han buscado, por eso mismo, en la mayor parte de sus asuntos, figuras universales de la pasión y la angustia humanas trocados síntesis: Charles Chaplin, Manolete, Federico García Lorca. Síntesis, el gesto del mimo. Síntesis la ondulante y casi musical trayectoria de la estocada. Síntesis, la metáfora luminosa, onírica, la vida que se hace metáfora. Síntesis, el racimo de clamores de una generación ecuatoriana de poetas malditos: Ernesto Noboa Caamaño, Arturo Borja, Humberto Fierro. Síntesis el elegante vilipendio que resume, en un rótulo festivo, la crítica para los nacionalismos virulentos y fofos. Síntesis, el cayado del viajero que vagabundea en la soledad sin contorno del extrañamiento forzado por los principios éticos: síntesis, y nada menos, decorosísima y paradigmática, fué el abandono de Raúl Andrade del territorio patrio tan pronto como el error de los intelectuales quiso encontrar en el dictador Velasco Ibarra algo más que un periodista de tercer orden y algo menos que un bribón disfrazado de loco. Raúl Andrade, en gesto que podría

masas, donde las frases llevaban el acento cantante de la realidad desolada de su patria.

## V

Todos los que le conocieron aprendieron a querer sin medida al Buen Barincano. Inspiraba al instante honda simpatía confiada que concitan los hombres de acrisolada integridad, avalada por la carta de crédito de un gallardo martiriología por la independencia patria. Poseía a plenitud esa imantada personalidad que, sin proponérselo deliberadamente, estrecha junta a sí el círculo de afectos acendrados. Pocos como él supieron estrechar con tan cerrado y férreo haz la relación de hermandad fraternal de la tierra sufrida de Hostos con la de José Martí. Sólo quien conociera e interpretara con tan íntima hondura la entraña cubanísima, podría hacer sentir las urgencias palpadoras de su Isla esclavizada. El supo hacer lle-

ser calificado de preciosismo ético, se marchó del Ecuador. Después, el Ecuador literario hubo de darle la razón. Junto a Raúl Andrade, hubimos escritores que mantuvimos nuestra verticalidad antivelasquera.

Aquí será indispensable observar una saliente poderosa de esta batalla del escritor con el "tiempo geográfico" que dirían los existencialistas. En Raúl Andrade, la prosa no es sólo joya deslumbradora que despierta la codicia de la gente letrada y extraletrada: es —también, y sobre todo— arma poderosa, y nobilísima, y perdurable, con la que el pionero se defiende ante un mundo erizado de injusticias, a la vez que ataca para castigar antes que para destruir. El escritor esgrime, entonces, sus dardos resplandecientes. Le ayuda su poder de síntesis. Desarrolla, con ello, un sentido biológico de la prosa. Es como si se cobijara con ella el prosador. Es como si viviera en ella. Como si hiciera de ella un organismo dotado de poderes móviles, vibrátiles, con tejido epitelial, vascular, muscular; con sistema nervioso, con entera completud somática. Diríase que él mismo —el escritor— lograra ensalmar su figura en el período gramatical, en el vocablo exacto como una flecha, en la ondulante sonoridad del adjetivo, "schrappnell" que engeguece, cargado de resplandor explosivo, pero de un poder vitalizador incontrastable. Diríase que se agita, desnudo, pleno, el arúspice, en el fondo. Diríase que navega en su propio piélago de cristal pavoroso, de cristal específico, de cristal cristalino, sin cosa abigarrada ni truculencia viscosa. Sin facetaciones de cuarzo. Sin saldos inútiles. Sin residuo. Sin deyección ni légamo alguno. Cristal... como el de las aguas musicales de Debussy, en *Le Cathédrale Engloutie*. Diríase, en suma, que el escritor se escucha a sí mismo —suerte de extraño demiurgo en un mundo transparente, en un mundo translúcido y venenoso como el ajenjo— y que, escuchándose, logra su propia identificación con el producto. Con el producto ético y verbal que deviene tersura, aunque fuese tersura cortante de cristal de Sévres. Escuchándose a sí mismo, insúmese el escritor en su mundo idiomático, como Walt Whitman en su *mundo de la canción*. "Para vosotros —oigamos a Walt— los aplausos, las medallas, y las graves dignidades. Vuestros hechos y vuestras conquistas no son de mi dominio, pero son útiles. Y por ellos yo entro en este mundo de la canción que es mi dominio. Mis poemas no hablan de las propiedades singulares de las cosas —hablan de la vida no catalogada— de la libertad y del

gar a los más apartados y recónditos lugares de Cuba las ansiedades y sufrimientos de Borinquen, y logró que todos sintieran el dolor desgarrado de Puerto Rico como cosa muy propia y cercana.

Por eso cuando vieron partir al Buen Borincano, hubo de todos los pechos júbilo y pena entrecruzados. Alegría por verlo abrazar a su pueblo para él tan querido y precioso, y pesar por perder al hombretón que llevaba en su verbo esencias de tan legítimos quilates martianos, que sabía reír como un niño travieso. Yo, que tuve el privilegio de compartir su afecto incomparable, su leal amistad y su saber fecundo, lo tengo para siempre como un hermano ausente. No creo necesario insistir demasiado que aquel que con justicia llamáramos el Buen Borincano, se nombra Juan Antonio Corretjer...

La Habana, julio de 1946.

misterio. No se ocupan de los neutros ni de los castrados —exaltan al hombre y a la mujer bien organizados— baten los tambores de la rebelión —y se unen a los fugitivos, a los mártires y a los que conspiran—. De igual manera que el hijo de Manhattan, Raúl Andrade habita en su propio mundo para convivir con los duendes que él ama y configura. Habitantes de este mundo del escritor son esos duendes universales sublimizados: Federico García Lorca, Charles Chaplin, Manolete. Duendes suyos son también —y por qué no— Francisco Franco y los barbienes enjaezados de la España que hoy visitará Andrade, desafiando los murallones, los tapias, y los pelotones de fusilamiento. Los barbienes enjaezados de la militarada que destruyó la democracia —¿destruyó?, la aplazó en España— y que nebulizó, en Federico, la mejor burbuja de nuestra lengua, bajo el tricornio de la Guardia Civil.

Raúl Andrade viaja a España. Continúa el vagabundaje, cayado por delante, que ha de traer horizontes y enfundarlos en las páginas de un libro. Raúl —personalísimo y exacto a su propia magnitud— es un escritor que se aparta de los espumarajos de la notoriedad, que prescinde de los contactos con el motín literario, que profesa una cordial repugnancia a los vociferadores de plazuela, a los escamoteadores presidenciables y presidenciados, a los filisteos. Frente al filisteísmo, frente por frente a la canalocracia escritora, pongamos al escritor. El escritor es soldado bastante para las batallas de la cultura. Uno de esos escritores, en América, es Raúl Andrade de quien Fernando de los Ríos dijo haber escrito el mejor ensayo sobre García Lorca en la lengua española.

César ANDRADE y CORDERO.  
Cuenca, Ecuador, 1949.

Con esta acreditada Agencia obtiene Ud. la suscripción al

**Repertorio Americano:**  
**The Moore-Cottrell**  
**Subscription Agencies**  
Incorporated  
North Cohocton, New York

Agencia del

**Repertorio Americano**

en Londres

**B. F. Stevens & Brown, Ltd.**

New Ruskin House,

28-30 Little Rusell Street, W. C 1  
London, England

**Octavio Jiménez A.**  
**ABOGADO Y NOTARIO**

Oficina: 25 vaars al Oeste de la  
Tesorería de la Junta de Protección  
Social

TELEFONO 4184  
APARTADO 338